

LA RAZÓN

DIARIO DE LA MAÑANA

AÑO I

Linares, 18 de noviembre de 1934

Número 17

LAGRIMAS

LA RAZÓN

DIARIO DE LA MAÑANA

ANTONIO CASTILLA
DIRECTOR

FRANCISCO CABO
SUB-DIRECTOR

El Consultorio Médico

Mal sistema nos parece la expresión del Consultorio Médico; no es así, precisamente, donde debe buscar economías el presupuesto municipal. Introducir una medida de tal naturaleza es volver a exhibir en las puertas de las casas de los médicos el cuadro triste y pesimista del dolor. Jamás creímos que prosperaría la proposición de la Comisión de Hacienda de nuestro Municipio, tan falta de fundamento como sobrada de partidismo. Cu Ayuntamiento ores el Consultorio y otro lo quita, ahorrándose con ello una cantidad notable, que sin poder reducirlas más haciendo una reorganización eficaz de aquel organismo de la Beneficencia pública. Antes de acordar la supresión podía haberse calculado que la economía que produce no merece la pena. No es que a nosotros nos parezca bien pagar una cantidad que se pueda ahorrar mandando a los enfermos a casa de los médicos; pero nos acordamos del espectáculo que ofrecen las calles, con los enfermos alineados en las aceras, o amontonados en el portal si la lluvia hace imposible la permanencia al aire libre.

Incapaces creíamos a nuestros ediles para regir los intereses públicos mas esta vez vamos afirmándonos en la creencia de que tienen más de acertadas sus medidas que de otras cosas; Linares, ciudad populosa, tiene muchos enfermos y debe cuidar de ellos, casi más que de los que se le van a Sevilla en verano. Podría admitirse que los enfermos esperarán a la puerta del despacho médico, pero en este tiempo, cuando la temperatura baja, es una crueldad exponerlos a las inclemencias de la lluvia o el frío, crueldad de la que no creíamos a nadie capaz y menos a los firmantes ediles que, según atencian retardadamente en el saldo de sesiones, han aceptado el cargo con el legítimo deseo de hacer la felicidad del pueblo. A sus palabras nos remitimos.

Es posible que se nos arguya que podíamos haber protestado antes de que se tomara el acuerdo; quizás llevemos razón, pero no pudimos hacerlo antes, aparte que no nos sospechábamos fuera aprobada una medida de esa naturaleza que lanza a la vía pública a los menesterosos que buscan en la Beneficencia municipal remedio para sus males. Sustentábamos la creencia de que sería rechazada.

Las economías hay, que hacerlas, pero se pueden

introducir dejando a los enfermos una casa donde esperen, con relativo bienestar, el turno, y no se varía el cuadro doloroso y triste que ofrecían las calles antes de crear el Consultorio, creación, que por lo que a mí respecta, no dudo en calificar de cierto.

Adoptárase un acuerdo que mantuviera el Consultorio y permitiera, además, una economía, y seríamos los primeros en desatpar el tarro de los elogios. Nada mejor que suprimir la plaza de ordenanza. Es un gasto menor; en el Palacio Municipal hay ordenanzas de sobra para que estuvieran en el Consultorio mientras durara la consulta.

No cabe duda que hay que hacer muchas economías; pero hay atenciones, como ésta de que nos ocupamos que no se pueden suprimir, que no se deben suprimir.

Añeto, ya es fatalidad que sea precisamente en perjuicio de la clase necesitada en quien reducen todas las medidas de desgravación del presupuesto. Mas que inútiles nos parecen estas consideraciones; el acuerdo está tomado y no vemos posibilidad de que se vuelva de él. Acuerdo absurdo; no podemos comprender las razones que han tenido los ediles para tomarlo. Sería mejor, hubiera sido mejor, que se suprimiera la plaza de ordenanza, se restringiera el costo de la limpieza a una cantidad justa—que sea la contraria de lo que se paga en la actualidad—y se redujera el local del Consultorio a la planta baja, bautizando la puerta accesoría para entrada de los enfermos. Reordenáramos más: los pisos superiores, con entrada por la puerta principal, pueden servir para Juzgados. Insuficientes serán, pero también lo es el edificio donde están actualmente instalados, y ahí tiene el Ayuntamiento un gasto menos que llevar al presupuesto.

Comprendemos que todo esto podíamos haberlo escrito antes de que se tomara el acuerdo, pero ya hemos dicho que no creímos prosperara esa medida que subrayaría lágrimas amargas de los que, careciendo de medios, tienen que estar supeditados a la caridad municipal...

Amargas lágrimas que deben tener en cuenta los ediles, demasado indiferentes ante el dolor ajeno...

CE

Ni derechas ni izquierdas

Una pregunta con que a cada momento nos asaltan en la calle, en el café, en la redacción, es ésta: ¿Ustedes qué son, derechas o izquierdas? Y al contestar que ninguna de las dos cosas, nos miran con cierta perplejidad, como dudando de nuestro equilibrio mental o pensando que esta es linda forma de nadar entre dos aguas. Claro está que no se paran a pensar en que es posible, en efecto, permanecer indiferente entre una y otra cosa, sin por ello dejar de defender la causa de la Libertad reflexiva y de la Justicia ecuaníme, que hacen grandes a las naciones.

El bien se hace, la justicia se cumple, la economía prospera, indistintamente, cuando la conciencia lo aconseja, cuando se procede de buena fe, y el bienhechor, esto ocurre, cuando no hay pasión en los juicios, sino que se enfocan mirando el bien de todos y no guiados por sectarismos de una o de otra parte, que todos son igualmente perniciosos.

Por eso nuestra situación no puede, no debe ser de inclinación decidida ni a un lado ni a otro, sino centrándonos, y si alguna vez se aproximan a nuestro sentir, no vacilaremos en aplaudir cálidamente cuanto sea preciso. Lo mismo que una medida oportuna, una intervención desinteresada y eficaz, nos hará aproximarnos, aunque accidentalmente, a un bando o a otro; pero nunca para seguirlos o perseguirlos por sistema.

Pácil nos sería manifestar, por ejemplo, una adhesión incondicional a cualquier política de clase o, simplemente, de partido; entonces nuestra palinodia en honor de esta tendencia, pero seríamos sinceros siempre? Es muy difícil que además de la adhesión pudiéramos anular nuestra dignidad y nuestra conciencia.

Ponerse a las órdenes incondicionales de un sector, indudablemente nos serviría para vender unos ejemplares más, pero con ello no lograríamos nuestro propósito decidido de defensa de todo lo que la merezca; mas no traicionaríamos al pueblo?

De aquí que no repitamos con la misma insistencia que cuando sólo el lucro interesa y al parecer la adhesión es tan inconsistente que hay que patentizarla a cada momento para que no caiga en el olvido, que estamos al servicio de tales o cuales señores. Entre otras cosas, porque nuestro programa no necesita de esfuerzos imaginativos, sino de hechos, y hasta ahora creemos haberlo cumplido preocupándonos con verdadero entusiasmo de los problemas que afectan a nuestra ciudad especialmente, con la mayor buena fe dentro de las posibilidades intelectuales, tan escasas, con que podemos contar.

En la situación de Linares sería insensato hacer un periódico clasista, porque lo que localmente preocupa es el problema económico y esto no pueden resolverlo los políticos ni los partidos, mientras no lo hagan como hombres y como colectividades dedicadas a laborar por el bien común, sin distinciones. Esta es nuestra posición y así veremos que lo entiendan aquellas personas a quienes tanto parece interesarles nuestra filiación.

Ni con unos ni con otros, pero con todos y para todos; esta es nuestra actitud y en ella perseveraremos. Que nuestro esfuerzo queda aislado, ¡qué le hemos de hacer! Otra quizá sería nuestra actitud si fuéramos necesidad de implorar la asistencia económica de alguien. Por ahora sólo nos complace agradecer la que desinteresadamente se nos presta, y sobre todo que respaldanza bien que nos conforta el solo hecho moral de haber cumplido con nuestro deber, con la mayor hidalguía.

¡ que conste que es la última vez que recogemos alusiones que embardamente se nos dirigen.

Entrevistas imaginarias

Don Francisco Viilanueva, nos dice...

Siempre creí adivinarlo, sé qué de misterioso, de extraordinario, en este hombre de vulgar aspecto y trato un tanto rígido. No sé qué me ha inducido a creer que tras ese aspecto exterior se ocultaba un ser convencido de su superioridad y que prefiere aparecer vulgar para observar mejor a los demás. Claro está que a veces disimulo con cierto aire pretencioso; pero no porque él lo sea, sino porque yo se tome su mutismo y su poca importancia por una posición de cálculo. ¿Conseguiré descubrir el velo de ese misterio que dentro de mí conciencia, no se por qué razones, me ha formado?

Un poco seco, seguramente porque los periodistas le molestan, me recibe. Pasando por un raro pesillo, en el que se advierte al gran aporrajado capaz de hacer tan extrañas cosas. Llegamos al despacho. Observa, inquisidor, desde la puerta el extraño pesillo; se tranquiliza, cierra cuidadosamente y, como quien ejecuta una acción topográfica, entra de una caja de caudales la pu-

de 0'35. Observo que le produce verdadera contrariedad no poder quitarse un extremo, como cuando los fumallos de 0'70. Empleo mi interrogatorio de manera un tanto arbitraria, preguntándole por qué razón antes, en las contadas ocasiones en que obsequiaba con tabaco, despuntaba los pibillos. Me responde:

—Oh; no tiene importancia para los lectores este detalle. Lo hacía porque el fin y el cabo lo que les faltaba era la colilla, que luego habían de tirar. ¡Lástima grande que en estos tiempos que resignamos a darlos enteros!

Por este pequeño reflejo me doy perfecta cuenta de tener ante mí al genio.

—¿Es usted verdaderamente político? —Mira usted, yo no sé si lo soy o no lo soy, pues sólo sé que no sé nada, que digo... que digo... bueno... un hombre muy grande. Bueno, en ver si va usted a venir preguntándome las mismas vueltas que a los demás. A mí preguntarme, si puedo de los

quierdes de la humanidad, pues ha de saber usted que dentro de este hombre de aspecto vulgar y un tanto ebullido, se esconde un gran filósofo que sólo porque no considera a la estúpida humanidad actual merecedora de gozar sus teorías, es por lo que aún no se ha dado a conocer. Ha de saber usted que si Enrique Páezgo represente en el Ayuntamiento la extrema izquierda, Conde el helenismo, Mennié lo tétrico y Delgado a los agentes de seguros, yo represento, y soy, allá el Olimpo. No me pregunte mi opinión sobre el Ayuntamiento, porque le voy a decir que es deplorable. Ni tampoco sobre mis propositos, porque no pienso perder mis energías intelectuales proponiendo cuatro vulgaridades que se pueden proponer en el Ayuntamiento. Yo he ido allí exclusivamente a observar tipos y almas para enriquecer mis deducciones filosóficas. Se fundará a mi muerte una escuela, después de conocidos mis escritos, y que dejaré dispuesto que se denomine Escuela Berasteguiata.

—Me produce una alegría oíra expresarse así, pues sus confesiones me ratifican en la idea de que soy un intuitivo. Yo expuse que usted era algo extraordinario. Eso no obsta para que me diga por qué pensando así, se hizo usted radical. ¿Es usted republicano? ¿Es usted democrático? ¿Realmente se